

EL ESCRITOR LATINOAMERICANO EN FRANCIA REFLEXIONES DE JULIO CORTÁZAR EN TORNO AL EXILIO

Karl Kohut

*Francia, que es mi casa...*¹

Hecho real y tema literario, el exilio domina en la actualidad el escenario de la literatura latinoamericana, dijo Julio Cortázar en un coloquio en 1978 sobre la literatura latinoamericana actual.² La fecha de este coloquio coincide con la época en la cual el exilio latinoamericano había adquirido su máxima dimensión durante nuestro siglo, abarcando según Cortázar en el mismo coloquio – a *argentinos, chilenos, uruguayos, paraguayos, bolivianos, brasileños, nicaragüenses, haitianos, dominicanos* – y la lista no se detenía ahí, como añadió algo resignadamente.³ Es en estos años cuando la reflexión de Cortázar sobre la problemática del exilio se hace más intensa, de lo que dan testimonio un cuantioso número de conferencias, ensayos y entrevistas. Sobre todo después que participara en la segunda sesión del Tribunal Russell II que tuvo lugar en Bruselas, en enero de 1975, asistió activamente a una serie ininterrumpida de tribunales, comisiones, coloquios y congresos sobre la situación política de América Latina, la violación de los derechos humanos, las condiciones de vida de los que fueron expulsados o habían huido. En estos años, Cortázar casi se había convertido en un viajero profesional del exilio, y lo había hecho voluntaria y conscientemente porque pensaba que cumplía de este modo su deber como escritor, ayudando en lo más posible, con el arma que le confería la pluma, a que fueran conocidas la opresión política de las dictaduras latinoamericanas así como la miseria de los pueblos y de los exiliados. Había sacrificado a esta labor su propia obra, porque las obligaciones que se había impuesto a sí mismo no le dejaban el tiempo necesario para escribir una obra larga, una novela, sino solamente cuentos porque los podía redactar en un café o en el avión.⁴

La actitud político-literaria de Julio Cortázar en estos años representa la etapa final de una evolución interior que había empezado con su llegada a París, en 1951. Cortázar es un pensador de índole personal, siempre parte de sus propias experiencias y

vivencias. Cuando habla o escribe sobre el exilio, entretiene reflexiones sobre la situación política objetiva con reflexiones sobre su propia posición como escritor latinoamericano, de modo que sus ideas sobre el exilio son, al mismo tiempo, interpretaciones que amalgaman vivencias personales con experiencias hechas a través de sus ficciones. Escribir sobre las reflexiones cortazarianas en torno al exilio significa, por eso, reconstruir al mismo tiempo la biografía política del autor en la que podemos distinguir, con cierta libertad de abstracción, cuatro fases: Huida, Toma de conciencia, Años conflictivos y Reconciliación.

Huida

Muy probablemente tenemos que regresar al primer viaje que llevó a Cortázar a Europa, en 1949, para encontrar el origen de esa escisión íntima e inconsciente, al principio, que fue responsable de una distancia creciente para con el ambiente bonaerense.

Desembarqué en un Buenos Aires del que volvería a salir dos años después [escribió hacia 1980] incapaz de soportar desengaños consecutivos que iban desde los sentimientos hasta un estilo de vida que las calles del nuevo Buenos Aires peronista me negaban.⁵

Cortázar tenía 37 años cuando marchó a Francia, en 1951, sin una finalidad precisa, sin presentir que se iba para siempre, *pero seguro de que debía escapar de las rutinas porteñas tal como se practicaban en esos años*.⁶ No sabía qué hacer de su vida, se aburría, le molestaba el movimiento peronista en pleno auge porque las apariencias populistas herían su sensibilidad de esteta pequeño-burgués. Francia, París significaban para él un sueño que llevaba dentro de sí desde hacía muchos años, y esperaba encontrar allí una dimensión que le faltaba, sin que hubiera sido capaz de formularla explícitamente.

Vino a París un escritor que era apolítico, como dijo más tarde, y que viviría durante ocho años al margen de la historia, que le interesaba sólo en teoría sin comprender que le afectaba personalmente. El destino de América

Latina le era bastante indiferente.⁷ De modo que la huida de Buenos Aires fue triple: de su patria, de América Latina, de la historia. En estos años, Cortázar se *buscaba en sí mismo en un plano individual* – como dijo más tarde – *sin tener el sentimiento preciso de su prójimo y, por extensión, el sentimiento de su pueblo y el sentimiento de la humanidad en su conjunto*.⁸

Toma de conciencia

Esa visión del Cortázar recién llegado a París se basa en reflexiones que éste hizo más tarde cuando la revolución cubana le había hecho descubrir su *verdadera condición de latinoamericano*.⁹ Las reflexiones sobre lo que fue forman parte de sus reflexiones sobre lo que es y lo que quiere ser. Puede sorprender, a primera vista, que no condene incondicionalmente su existencia de entonces, pero no lo hace porque cree que no había huido solamente de la historia, sino también de la *concurrida vía del escapismo intelectual*.¹⁰ Escapar del escapismo equivale a buscar una nueva dirección, de modo que la fuga se le presenta también como búsqueda. Descubre ya en los primeros años parisinos *una especie de coagulación de [su] experiencia de Argentina que hasta este momento había quedado dispersa*.¹¹ El París de entonces asume, para él, el papel de un catalizador que le permite transformar las nuevas experiencias en algo nuevo, cuyo sentido debía revelársele solamente mucho más tarde. Sirviéndose de una metáfora diferente y algo dramática, describe la significación que París tuvo para él como su *camino de Damasco, la gran sacudida existencial*.¹² Sacudida, sin embargo, no en el sentido de una conversión espontánea y súbita, sino de un proceso lento que le hizo descubrir, en los años en que escribía "El perseguidor" y *Rayuela*, paulatinamente al prójimo y, por extensión, *una humanidad humillada, ofendida, alienada*.¹³ Esta evolución interior coincidió con la revolución cubana de 1959; desde entonces, la evolución interior y los factores externos se reforzaron mutuamente hasta culminar en el primer viaje a Cuba, en 1963¹⁴ que describió como *algo catártico*, como una experiencia que lo *sacudió lo más profundo*.¹⁵ En Cuba vio con entusiasmo la emancipación del pueblo con todos los elementos populistas que tanto le habían espantado en el Peronismo. En Cuba descubrió, a la vez, América Latina y su propia existencia como latinoamericano, comprendió que lo era dondequiera que fuera, y que el destino del continente le incumbía directamente.¹⁶

Es muy difícil acceder a la verdad existencial del Cortázar de entonces, ya que consciente o inconscientemente estiliza su pasado en el momento de la toma de conciencia. Debajo de la huida descubre una búsqueda cuyo sentido escondido se le revela en el choque con la revolución cubana. Visto en retrospectiva, fuga y búsqueda forman un solo movimiento dirigido hacia Cuba. *Si tuviera que enumerar las causas por las que me alegro de haber salido de mi país (...)* – escribe en 1967 a Fernández Retamar – *creo que la principal sería el haber seguido desde Europa, con una visión desnacionalizada, la revolución cubana*.¹⁷

Cuando escribió esta carta que muy pronto iba a ser famosa, habían pasado cuatro años desde su primer viaje a Cuba, lo que indica que fue un proceso muy lento el que lo llevó hasta allí, a pesar de las metáforas a veces dramáticas ("camino de Damasco", "la gran sacudida existencial") con las que describió los momentos decisivos de su historia personal. La Carta a Fernández Retamar inicia una serie de ensayos y conferencias sobre la responsabilidad del escritor o, en sentido más general,

del intelectual latinoamericano. Deliberadamente incluye su existencia de escritor latinoamericano en Europa en sus reflexiones. Esta situación que él mismo describe como paradójica le parece, sin embargo, crucial para su toma de conciencia, y se pregunta

si no era necesario situarse en la perspectiva más universal del viejo mundo, desde donde todo parece poder abarcarse con una especie de ubicuidad mental, para ir descubriendo poco a poco las verdaderas raíces de lo latinoamericano sin perder por eso la visión global de la historia y del hombre.¹⁸

De este modo, el ausentarse de América Latina pierde todo carácter negativo y recibe una connotación positiva como condición previa e indispensable de su toma de conciencia de intelectual latinoamericano o, en sentido más amplio, de *intelectual del tercer mundo en la medida en que todo intelectual, hoy en día, pertenece potencial o efectivamente al tercer mundo* porque amenaza a quienes deciden el destino de nuestro mundo.¹⁹ Cortázar es consciente de que su existencia en París constituye una solución personal que no puede generalizarse;²⁰ sin embargo, es precisamente lo que hace, tanto en la Carta a Fernández Retamar como después, cuando, para citar un solo ejemplo, en una entrevista de 1981, partiendo del hecho innegable de que *una cantidad respetable de escritores latinoamericanos han empezado a escribir o han escrito tal vez lo más importante de su obra, en Francia o en algún otro país europeo*, pretende que el hecho de estar geográficamente en otro lado hizo todavía más intensa esa toma de conciencia en tanto que escritores latinoamericanos.²¹

En la Carta a Fernández Retamar, opone de modo tajante y polémico su propia toma de conciencia que le ha llevado a buscar sus raíces con una visión "desracionalizada", a una corriente latinoamericana que exalta, siguiendo el lema del "telurismo", *los valores del terruño contra los valores a secas, al país contra el mundo, la raza (...) contra las demás razas*. Esta corriente le parece estrecha, parroquial y hasta aldeana, debajo del supuesto amor a la tierra descubre casi siempre *falencias culturales*; en resumidas cuentas, reprocha a esa corriente el ser *un preámbulo a los peores avarices del nacionalismo negativo*.²² La imagen esbozada por Cortázar forma una antítesis polémica respecto de su autoimagen: por un lado, el escritor telúrico que exalta, por falta de cultura, los valores de su aldea y de su raza y, por el otro, el autor latinoamericano en Europa con una vasta cultura que le permite reunir la búsqueda de sus raíces con una visión supranacional de los problemas del continente.

Además de esta antítesis explícita, la Carta a Fernández Retamar contiene otra, menos visible, pero que no obstante influiría mucho en la obra cortazariana posterior. La revolución cubana le había dado la certeza de que el socialismo representaba la única solución a los problemas de América Latina y de la humanidad en general. El hecho de que descubriera en la revolución cubana, juntos, la latinoamericanidad y el socialismo

fundió estos dos aspectos inseparablemente en una sola concepción que determinaría, a partir de entonces, su vida y su obra. Había comprendido

que el socialismo (...) era la única corriente de los tiempos modernos que se basaba en el hecho humano esencial, en el *ethos* tan elemental como ignorado por las sociedades en que le tocaba vivir, en el simple, inconcebiblemente difícil y simple principio de que la humanidad empezará verdaderamente a merecer su nombre el día en que haya cesado la explotación del hombre por el hombre.²³

No dudó, pues, que su deber como escritor latinoamericano era comprometerse y promover, de este modo, la causa del socialismo en América Latina.

Al mismo tiempo, sin embargo, se sabía *empapado por el peso de toda una vida en la filosofía burguesa*.²⁴ El compromiso con el socialismo no le impidió reclamar la libertad estética decepcionando así, como escribe, *a los catequistas y a los propugnadores del arte al servicio de las masas*.²⁵

Cortázar intentó conciliar las dos antítesis en fórmulas de síntesis al definirse como *escritor latinoamericano en Francia* comprometido con *un futuro en el que la sociedad humana culminaría por fin en ese arquetipo del que el socialismo da una visión práctica y la poesía una visión espiritual*.²⁶ Esas fórmulas determinarían, a partir de entonces, su posición ideológica, política y artística, posición en la que intentará mantener un difícil equilibrio entre fuerzas antagónicas.

Años conflictivos

A la Carta a Fernández Retamar siguió una serie de polémicas en las que Cortázar explicó y defendió su posición. Había rechazado polémicamente, y continuó haciéndolo, los extremos opuestos ("telurismo", "arte al servicio de las masas"), y se vio forzado a defenderse, por su parte, de contraataques a veces violentos. Hasta cierto punto, esas polémicas eran inevitables porque las posiciones que Cortázar había intentado conciliar en su situación personal eran demasiado antagónicas; a veces sin embargo, esas polémicas le resultaron dolorosas porque habían surgido a partir de malentendidos.

La primera polémica le enfrentó con José María Arguedas. En Perú, éste recogió algunas frases de la Carta a Fernández Retamar en unos apuntes de su diario que pasaron a formar parte de su libro *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, y que fueron publicados previamente en la revista *Amaru*. Arguedas atacó a Cortázar por *sus solemnes convicciones de que mejor se entiende la esencia de lo nacional desde las altas esferas de lo supranacional*, y continuó con amarga ironía: *Todos somos provincianos, don Julio* [Cortázar]. *Provincianos de las naciones y provincianos de lo*

*supranacional que es, también, una esfera, un estrato bien cerrado, el del "valor en sí", como usted con mucha felicidad señala.*²⁷

Cortázar respondió con un artículo bastante agresivo; la cuestión le parecía *aflicentemente idiota en una época en que por una parte los jets y los medios de comunicación les quitan a los supuestos "exilios" ese trágico valor que tenían para un Ovidio, un Dante o un Garcilaso*; sostenía que los libros escritos fuera de América Latina no eran menos auténticamente latinoamericanos y concluía: *Los "exiliados" no somos ni mártires, ni prófugos, ni traidores.*²⁸ Como salta a la vista, Cortázar usó la palabra "exilio" en esta polémica famosa y para Arguedas trágica, todavía indiscriminadamente para designar toda ausencia de la patria, incluso presuponía que la lejanía era voluntaria. La ausencia no sobrepasaba, para él, los límites de la distancia física, fácilmente salvada con los medios de transporte modernos. Cortázar incluso negaba explícitamente todo elemento trágico del exilio. Todavía en 1968, la problemática del exilio se resumía, para él, en una elección personal, a pesar de su aprendizaje político que obviamente no le había hecho descubrir el exilio político como destino colectivo. Los ejemplos ya no eran necesarios, estaban los casos del Paraguay y del Brasil, para limitarnos a dos estados.

Unos años más tarde surgió otra polémica, esta vez con Osear Collazos, que le brindó a Cortázar la oportunidad de definir su concepto de realidad y realismo que ya había marcado implícitamente la polémica con Arguedas.²⁹ Collazos le había reprochado el olvidar la realidad y despreciar toda referencia concreta a partir de la cual se inicia la gestación del producto literario.³⁰ Bajo este reproche se ocultaba otro más fundamental, el haberse orientado más hacia los juegos formales de los intelectuales franceses que hacia la realidad latinoamericana.

En su respuesta, Cortázar negó rotundamente haber olvidado la realidad y reprochó, por su parte, a Collazos y tantos otros el querer encerrar a los escritores en el *contexto sociocultural y político*,³¹ a lo que opuso una visión más amplia del hombre y de la literatura. Definió su propia escritura como una serie de tentativas dentro de una espiral, de modo que cada nuevo libro sería una tentativa de captar la realidad en un nivel más alto, buscando *las últimas posibilidades que puede dar la literatura*, lo que se traduciría *en formas cada vez más experimentales, más "abiertas", más distanciadas de la obra precedente.*³² Cortázar reconoció explícitamente su deber como *escritor latinoamericano, es decir un escritor del tercer mundo*, para con el lector latinoamericano, sabiendo – como escribió – *que ese hombre es el hombre histórico, alienado y mediatizado por el subdesarrollo en el que lo mantienen el capitalismo y el imperialismo.*³³ Pero el escritor no debe limitarse a esta perspectiva tercermundista que dejaría al lector sin esperanza, debe sobrepasar los confines de esta situación real para buscar nuevos horizontes. Implícitamente, Cortázar alude a su toma de conciencia como escritor-latinoamericano que presuponía la lejanía física.

El signo de toda gran creación – señala – es que nace de un escritor que de alguna manera ha roto ya esas barreras y escribe desde otras ópticas,

llamando a los que por múltiples y obvias razones no han podido aún franquear la valla, incitando con las armas que le son propias a acceder a esa libertad profunda que sólo puede nacer de la realización de los más altos valores de cada individuo.³⁴

La literatura tiene como misión ensanchar hasta los límites de lo posible el concepto de la realidad para preparar para la revolución a los hombres que viven todavía bajo los regímenes capitalistas.

Una literatura que merezca su nombre es aquélla que incide en el hombre desde todos los ángulos (...), que lo exalta, lo incita, lo cambia, lo justifica, lo saca de sus casillas, lo hace más realidad, más hombre, como Homero hizo más reales, es decir, más hombres, a los griegos, y como Martí y Vallejo y Borges hicieron más reales, es decir más hombres, a los latinoamericanos.³⁵

Para Cortázar, la búsqueda de la realidad y la búsqueda de nuevas formas literarias no forman dos operaciones distintas sino una sola, y concluye que la literatura latinoamericana necesitaría más a los revolucionarios de la literatura que a los literatos de la revolución, porque – como dijo más tarde – nada le parecía más revolucionario que *enriquecer por todos los medios posibles la noción de realidad en el ánimo del lector de novelas o de cuentos*, ya que creía que América Latina *proporciona la prueba irrefutable de que el enriquecimiento de la realidad a través de los productos culturales ha tenido y tiene una acción directa, un efecto claramente demostrable en la capacidad revolucionaria de los pueblos.*³⁶

La tercera polémica enfrentó a Cortázar con jóvenes intransigentes de la revolución parisina de mayo de 1968. En el curso de una manifestación denominada "América Latina no oficial", que tuvo lugar en París del 20 al 30 de abril de 1970, se organizó una mesa redonda sobre "El intelectual y la política", en la que participaron, entre otros, Vargas Llosa y Cortázar. Este recogió el texto de su conferencia, añadiéndole un comentario en el cual explicaba sus intenciones, y contestaba a las preguntas y a los ataques de los participantes, y lo publicó bajo el título de *Viaje alrededor de una mesa.*³⁷ Discusiones de este tipo debían ser muy frecuentes en estos años, tanto en París como en otras ciudades. Bryce Echenique ha recreado, en *La vida exagerada de Martín Romana*, con matices satíricos, el clima intelectual del mundillo de los jóvenes latinoamericanos en París que constituye el ambiente de estas discusiones.³⁸ En *Abaddón*, Sabato recuerda otra discusión con argumentos muy semejantes a los que encontramos en el libro cortazariano.³⁹ El lema había sido creado unos años atrás durante una discusión en la que participaron Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir y Jorge Semprun, entre otros, editada, en versión española, por el argentino Noé Jitrik bajo el título sugestivo: *¿para qué sirve la literatura?*⁴⁰

La respuesta era clara para la inmensa mayoría de la joven izquierda revolucionaria. Citaré un ejemplo famoso de estos años porque Cortázar lo incluyó en su argumentación. En 1969, el *líder campesino revolucionario* Hugo Blanco, peruano, había dirigido desde la cárcel una carta a *los poetas revolucionarios y a los revolucionarios poetas: Necesitamos poetas que escriban a pedido*, leemos entre otras cosas, y que lo hagan para la *gente común, analfabeta, que sólo sabe pelear a muerte por su pueblo*. Frente a esta tarea urgente, le parece cosa nimia, ridícula, la libertad de la literatura y la voluntad de estilo que los autores reclaman.⁴¹

Para Cortázar, la posición literaria de Blanco puede resumirse en el llamado "contenidismo", tan discutido en esos años, y que prolonga el llamado realismo socialista. Considera la carta de Blanco como un *nuevo episodio en esta interminable cadena de equívocos entre la acción y el pensamiento, entre la política y la creación imaginaria*.⁴²

Cortázar intentó defender, tanto en la conferencia como en su comentario, su propia posición y, al mismo tiempo, aclarar los equívocos mencionados. Empieza por definir al intelectual como *creador*, como *especialista en productos culturales – libros, películas, cuadros, objetos, música*.⁴³ A este creador, continúa, los revolucionarios le exigen el llamado *compromiso*, lo que significa a veces *el paso a la acción revolucionaria*, y otras veces *una obra revolucionaria*.⁴⁴

A esta doble exigencia, Cortázar responde que el arma del escritor (se limita a él) es la escritura, lo que no excluye el combate físico si cree que ha llegado la hora.⁴⁵ La exigencia de la obra revolucionaria también le parece un error si ésta se comprende como basada *directamente en temas o contextos de agitación, de acción, de realización revolucionarias*,⁴⁶ Querer condicionar la literatura a *las necesidades inmediatas* le parece incluso el error más grave que podría cometer un escritor comprometido.⁴⁷

Contra estas exigencias, Cortázar defiende una vez más su concepción de la literatura que abarca, entre otras cosas, el erotismo, el sentimiento lúdico y la imaginación.⁴⁸ La labor del escritor consiste en agregar *nuevas conquistas mentales o sensibles al patrimonio que queremos legar al hombre nuevo*. De eso se deduce que cuanto *más revolucionaria es una obra, más se adelanta a su tiempo*, de modo que la literatura verdadera revolucionaria *se sitúa casi siempre en desajuste con su tiempo*,⁴⁹ El verdadero servicio que la literatura presta a la revolución no es la búsqueda de la acción directa, en aparente armonía con la lucha revolucionaria, sino *esa búsqueda de tensión, (...) esa investigación en el terreno que [le] es propio y que tiene por último objetivo el advenimiento del hombre nuevo, del hombre socialista en lo más alto de sus posibilidades mentales y sensibles*.⁵⁰

En el cuento "Reunión", publicado en 1966 en el volumen *Todos los fuegos* de *fuego*, Cortázar había personificado el ideal del hombre nuevo en la figura de Fidel Castro, que en el relato lleva el nombre de Luis. La cuarta "polémica", polémica entre comillas esta vez, lo enfrentó precisamente con el admirado líder cubano. "Polémica" entre comillas porque no enfrentó a los dos directamente, ya que Cortázar era

solamente uno entre otros intelectuales que Fidel Castro llamó irónicamente "señores liberales burgueses". Por primera vez, Cortázar chocó directamente contra la realidad política, y recibió un golpe que debió herirlo gravemente. Según la perspectiva, este choque será trágico o cómico, basado en un malentendido o inevitable. De todos modos, este episodio representa la crisis más grave en la evolución política del escritor Cortázar.

Sobra explicar que hablamos del tristemente famoso caso Padilla. Cortázar había figurado entre los 54 intelectuales europeos y latinoamericanos que dirigieron, después de la autocrítica de Padilla, una carta a Fidel Castro en la que expresaron *sus preocupaciones con motivo de la detención del conocido poeta y escritor Heberto Padilla*.⁵¹ Pero la participación de Cortázar no se había limitado a la sola signatura. Según Plinio Mendoza, una primera versión de la carta había sido redactada por Juan Goytisolo. Cortázar la juzgó demasiado dura y la corrigió, volviéndola más simpatizante.⁵² Siempre siguiendo a Plinio Mendoza, la firma de Cortázar era especialmente significativa y decidió a muchos intelectuales izquierdistas que aún vacilaban a tomar parte en la empresa común.

A pesar de que la crítica de los intelectuales iba envuelta en fórmulas de cortesía y simpatía, Fidel Castro respondió con un discurso tajante, mordaz e incluso brutal. Se burló – para resumir el discurso en un montaje de citas – de los *señores liberales burgueses*, de los *seudoizquierdistas descarados*, de los *farsantes que desde París desprecian a los escritores de verdad y los miran como unos aprendices, como unos pobrecitos y unos infelices que no tienen fama internacional*. Queda muy claro que el *escritor de verdad, poeta de verdad, revolucionario de verdad* debe luchar en América Latina, *en la trinchera de combate*, y no *en los salones burgueses*. Fidel Castro terminó por echar fuera a los señores intelectuales burgueses y liberalistas burgueses y agentes de la CIA: *En Cuba no tendrán entrada; ¡no tendrán entrada! (...) Cerrada la entrada indefinidamente, por tiempo indefinido y por tiempo infinito*.⁵³ En una *Declaración*, el Congreso Nacional de Educación y Cultura repitió la condena en tono muy similar al discurso de Fidel Castro.⁵⁴

Reconocemos en estos dos textos los argumentos que Cortázar había rechazado en sus discusiones con Arguedas, Collazos, Blanco y los jóvenes de la mesa redonda de abril de 1970. Usados por Fidel Castro, esos argumentos revestían una autoridad que no habían tenido antes. De golpe, Cortázar perdió la base ideológica de su posición. Pero lo peor era el hecho de que Fidel Castro le había cerrado la entrada a Cuba. De nada le valieron sus esfuerzos de mantener una posición intermedia, no le habían salvado del destierro el país que había empezado a amar como patria espiritual. A partir de este momento, Cortázar era un exiliado, y lo era doblemente porque había sido rechazado por la comunidad ideológica de los revolucionarios cubanos.

La reacción de Cortázar fue la de un amante sorprendido en flagrante delito. Presentó sus disculpas, y lo hizo en un poema que a veces roza, hay que decirlo, la cursilería intelectual. Pero a pesar de toda humillación voluntaria, de toda postración, mantuvo, aunque muy tímidamente, su posición intermedia:

Pero me aparto ahora de su mundo ideal [i.e. de Cuba], de sus esquemas, precisamente ahora cuando se me pone en la puerta de lo que amo, se me prohíbe defenderlo, es *ahora* que ejerzo mi derecho a elegir, a estar una vez más y más que nunca con tu Revolución, mi Cuba, a mi manera. Y mi manera torpe, a manotazos, es ésta, es repetir lo que me gusta o no me gusta, aceptando el reproche de hablar desde tan lejos y a la vez insistiendo (cuantas veces lo habré hecho para el viento) en que soy lo que soy, y no soy nada, y esa nada es mi tierra americana, y como pueda y donde esté siendo esa tierra, y por sus hombres escribo cada letra de mis libros y vivo cada día de mi vida⁵⁵

Poco después empezó a escribir un libro en el que recogió los argumentos de las discusiones teóricas y los transformó en acción novelesca. La novela apareció en marzo de 1973 bajo el título *Libro de Manuel*. Como declaró Cortázar en una larga entrevista poco después de aparecer el libro, éste debía su forma y contenido a la doble aspiración artística y política.⁵⁶ Por un lado, el *Libro de Manuel* es la expresión de su búsqueda de una nueva realidad literaria, adecuada a su concepción del hombre nuevo en una sociedad nueva, por el otro, tiene la misión precisa de informar a los lectores latinoamericanos de las violaciones de los derechos humanos, de las atrocidades y torturas infligidas a los que resultaban sospechosos para las clases dominantes.⁵⁷ Más importante, tal vez, es la misión implícita del libro. En este nivel, la novela puede leerse como respuesta a las acusaciones de Fidel Castro. Cortázar quiso mostrar, y no importa tanto si lo hizo consciente o inconscientemente, que el escritor latinoamericano podía luchar por la revolución también desde Europa, e incluso podía prestar ciertos servicios a la revolución solamente porque vivía allí. Esta argumentación implícita se encuentra en dos niveles de la novela. En el nivel de la información sobre la violación de los derechos humanos, es decisivo el hecho de que Cortázar tenía acceso a esas informaciones precisamente porque vivía en el extranjero, y solamente desde allí pudo transmitir las a sus compatriotas que permanecían en su país. En el nivel de la acción novelesca, Cortázar mostró que se puede ser revolucionario también viviendo en *las capitales de las podridas y decadentes sociedades de Europa*?⁵⁸ Pero Cortázar defendió también, aunque todavía no con la firmeza anterior al caso Padilla, si bien ya mucho más explícitamente que en su poema policrítico, la libertad del escritor y una concepción total de la literatura que reunía el compromiso político con el erotismo, el sentimiento lúdico y la imaginación, como había postulado en su conferencia del abril de 1970. Y, lo que es más, expresó temor ante la intransigencia de ciertos jóvenes que llamó *los fascistas de la revolución*.⁵⁹ La novela no satisfizo a nadie y suscitó reacciones a veces violentas, los unos la encontraron demasiado política y los otros demasiado literaria y lúdica. Sin

embargo, el libro tuvo por lo menos un mérito que fue formulado con una previsión alucinante por Haroldo Conti, que sería después uno de los "desaparecidos" del régimen militar argentino:

Yo aprecio esto en Cortázar y se lo agradezco, y creo que es bueno que se quede allá aunque sea nada más que para eso. Porque cuando enmudezcan todas las voces, habrá todavía una, salvada por la distancia, que señale y condene, que denuncie y ayude, que movilice y congrege⁶⁰

Reconciliación

A pesar de la recepción controvertida del *Libro de Manuel*, el compromiso literario realizado en la novela marcó el primer paso hacia la reconciliación ideológica. Cortázar continuó la experiencia, escribiendo *Fantomas contra los vampiros multinacionales* (1975) donde denunció las torturas en los regimenes dictatoriales, partiendo de sus experiencias en la segunda sesión del Tribunal Russell II que se había dedicado a investigar la violación de los derechos humanos y de los derechos de los pueblos en varios países latinoamericanos.⁶¹ En estos años, Cortázar empezó a participar en esta serie de tribunales, coloquios y congresos mencionada al principio de este ensayo. Esta actitud lo llevó inevitablemente al choque con el régimen militar de Argentina. Cuando éste prohibió la aparición del libro de cuentos *Alguien que anda por ahí* (1977) porque contenía dos cuentos de inspiración política y Cortázar se negaba a excluirlos, ya no se atrevió a visitar su patria. La lejanía voluntaria se había convertido en exilio forzado.⁶² Pero la nueva situación le ofreció también aspectos más claros, porque más o menos al mismo tiempo fue aceptado nuevamente por el régimen cubano, con lo que terminó su exilio Ideológico, después de *siete años de silencio y de ausencia*, como escribió a principios de los años ochenta.⁶³ Por fin y gracias a la situación política, Cortázar había logrado reunir en una nueva síntesis las fuerzas antagónicas de su existencia que hasta entonces la habían desgarrado: la ausencia de América Latina, la lucha por la revolución y la unión ideológica con Cuba.

Pero Cortázar debía pagar por esta armonía con una nueva escisión interior que la amenazaba desde dentro: el exilio político le permitió la reconciliación ideológica con Cuba; pero al mismo tiempo, vivió el exilio de la Argentina como una pesadilla continua. La situación no carece de cierta ironía amarga para alguien que siempre había defendido el derecho de vivir fuera de su país e incluso había insistido en los efectos positivos de la ausencia. Por eso, sus reflexiones sobre el exilio siguen reflejando las mismas antinomias de antes. Cortázar sigue pensando que, para muchos autores latinoamericanos, la lejanía del continente era decisiva para su toma de conciencia como latinoamericanos. En general mantiene las posiciones que había expuesto en las

discusiones de los años conflictivos. La diferencia consiste en que sus ideas se presentan ahora menos teóricas, más prácticas y más precisas. Cortázar distingue ahora más nítidamente que antes las diferentes formas de exilio. A la forma voluntaria, el auto-exilio, la lejanía, la ausencia del país, opone el exilio político forzoso que siempre tiene un elemento de compulsión y muchas veces de violencia.⁶⁴ La forma más grave del exilio la denomina exilio cultural, cuando además de expulsar al autor se le prohíben sus libros, de modo que le es vedado todo contacto con el público de su país.⁶⁵ Muy al margen de sus reflexiones queda el exilio llamado interior, cuando el escritor disidente permanece en su país, pero vive bajo una amenaza permanente que le impide expresar libremente sus ideas y le condena al silencio o a la propagación sigilosa de sus obras, siempre bajo el riesgo de perder su libertad o incluso su vida.⁶⁶ Pero a pesar de esa valoración de principio, Cortázar parece considerar el exilio exterior como única respuesta auténtica a la represión política del régimen militar.

La idea central que repite en prácticamente todos los textos sobre el exilio es lo que llamó la idea combativa del exilio que se dirigía contra la melancolía, la amargura, la neurosis del exiliado, *el abandono que lo puede conducir a la peor miseria moral*.⁶⁷ Cortázar nunca se refirió en estas ocasiones a su propia persona, siempre a la *diaspora que tuerce, distorsiona, frustra o metamorfosea vidas humanas*,⁶⁸ siempre habló de personas concretas que había conocido, pero la repetición insistente de esta idea sugiere que Cortázar combatió también una tentación que llevaba en su propio corazón.

El primer paso hacia una noción positiva del exilio debería ser, para Cortázar, una profunda autocrítica:

¿Por qué estoy exiliado? Si estoy exiliado es porque perdí. ¿Por qué perdí? ¿Cuáles fueron las razones que nos llevaron a la derrota? Es el caso de todo guerrillero que está fuera de la Argentina. ¿Por qué? ¿Qué equivocaciones cometimos? ¿Qué pasó? ¿Qué nos pasó? ¿Qué hubiéramos tenido que hacer?⁶⁹

A partir de esta autocrítica, el escritor, el intelectual exiliado debería usar las oportunidades que le ofrece su estancia en el extranjero para aprender lo más posible acerca de su nuevo ambiente cultural. Incluso compara el exilio al viaje ilustrador, el viaje revelador – la "Bildungsreise" – del siglo XIX. En este contexto hay que mencionar otra vez su concepto dinámico del realismo literario: el escritor exiliado debe aprovechar sus contactos con la cultura extranjera para revisar y ensanchar su concepto de realidad, a fin de poder transmitirla a los hombres de su patria:

El exilio enriquece a quien mantiene los ojos abiertos y la guardia en alto. Volveremos a nuestras tierras siendo menos insulares, menos nacionalistas, menos egoístas; pero esa vuelta tenemos que ganarla desde ahora, y la mejor manera es proyectarnos en obra, en contacto, y

transmitir infatigablemente ese enriquecimiento interior que nos está dando la diáspora.⁷⁰

¿Pero cómo *transmitir ese enriquecimiento* en el caso del exilio cultural? Tampoco en este caso extremo el escritor debe complacerse en la desesperación, porque incluso en esa situación aparentemente desesperada dispone de medios para que sus obras e ideas puedan alcanzar al público de su país, empezando por medidas simples como enviar paquetes de libros por vía marítima, o enviar cassettes o videos, o transmitir mensajes en emisiones de onda corta.⁷¹ Más importante, sin embargo, le parece una elección consciente que se traduciría en la conducta personal y la obra del escritor exiliado y que resume en el concepto de la triple militancia: la de la participación en las organizaciones políticas progresistas; la de la inclusión del compromiso en el contexto de su obra, y la tercera militancia de batallar por la inserción de su obra en el ámbito real de los medios masivos de comunicación, anticipándose así a la revolución política que concluirá por ponerlos íntegramente al servicio del pueblo. Porque mientras la política no asegure la liberación cultural de nuestra América, la cultura deberá abrir el camino para la liberación política.⁷²

La inclusión del compromiso en la obra literaria es el punto más difícil de este programa, como hemos visto a propósito de *Libro de Manuel*. Sin embargo, Cortázar sostiene que el humor y la imaginación siguen siendo las armas más poderosas del escritor, y que debe emplearlas en formas literarias que tal vez le puedan parecer por ahora despreciables: la tira cómica, la fotonovela, la canción, guiones de películas o de piezas de televisión, formas, sin embargo, que se prestan perfectamente al contrabando literario.⁷³

Es importante el hecho de que Cortázar se limite a la lucha literaria con las armas que le son propias. No vuelve a la lucha armada que había estado en el centro ideológico de *Libro de Manuel*. Puede ser que la experiencia de este libro le haya enseñado que había intentado librar batalla en un campo que no era el suyo. Sea como fuere, la lucha armada queda fuera de sus reflexiones sobre el exilio en los últimos años de su vida; la suya es la lucha pacífica que intenta cambiar con las armas de la literatura a los hombres para que puedan realizar, un día futuro, el socialismo libre y abierto que sigue siendo su ideal político.

Este ideal que a veces llama sueño no se limita a su patria, la Argentina. Este sueño abarca la totalidad de los países latinoamericanos. Para él, los escritores latinoamericanos más significativos desde Sarmiento hasta García Márquez,

se caracterizan a pesar de sus enormes diferencias por un rasgo común que es precisamente el de buscar nuestra identidad latinoamericana, nuestra verdad profunda como pueblos y como individuos, destruyendo máscaras y mentiras, liquidando prejuicios y tabúes, mostrando o creando los elementos necesarios para que los diferentes pueblos

reconozcan cada vez más que (participan de una misma y profunda corriente telúrica e histórica que los une en vez de separarlos, que los llama a comprenderse en vez de atrincherarse en fronteras belicosas y en slogans chauvinistas.⁷⁴

Después de más de treinta años de vivir en París, al final de un camino que lo llevó de la ausencia voluntaria al exilio cultural, del ciudadano argentino al ciudadano francés, Cortázar vuelve a soñar el sueño de Simón Bolívar: Los Estados Unidos de América Latina.⁷⁵

La lucha terminó con la caída del régimen militar y la toma de posesión del presidente Alfonsín en diciembre de 1983, acto que pudo presenciar Cortázar, pocas semanas antes de su muerte. Pero en este momento ya había empezado otra lucha, la lucha por Nicaragua. Cortázar había entrado en las filas de los intelectuales que apoyaban el régimen sandinista, pero ya no lo hacía de modo tan incondicional como lo había hecho en el caso de Cuba. Incluso se sirvió de Nicaragua para retomar, una última vez, el caso Padilla. Muy claramente señaló el peligro de la política oficial cubana de entonces *que en su última instancia desemboca en el terror de 1984*.⁷⁶ Cortázar siguió siendo solidario con el régimen castrista, considerando sin embargo necesario criticar el socialismo *cuando creemos que yerra el camino*.⁷⁷ Hasta el final de su vida, Cortázar trató de reunir, en su vida y su obra, el compromiso político y la libertad intelectual.

La importancia del pensador político Cortázar no consiste en la fuerza o la originalidad de sus pensamientos. Sabía mejor que nadie que la teoría política no era su fuerte.

Tengo una ideología – dijo en una entrevista de 1979 – una noción de lo que es justo en el campo social – lo que creo que es justo – y tengo una perspectiva histórica por la cual lucho, pero soy algo que definiría como "creador de ficciones". Soy novelista, narrador, y lo seré siempre.⁷⁸

La importancia del caso Cortázar consiste en el hecho de que nos ofrece una síntesis de los problemas de la literatura latinoamericana como hecho político: la ausencia, el exilio, la lucha por la libertad de los pueblos latinoamericanos que muchas veces va a la par con luchas ideológicas entre los intelectuales. Cortázar trató de reunir, en su existencia, América Latina y Europa. De ahí provienen las tensiones que caracterizan tanto su vida como sus ideas políticas y que siempre amenazaron romper el equilibrio inestable entre las fuerzas antagónicas. Solamente a través de sus ficciones logró lo que le era vedado en la realidad: convertir la ausencia en presencia.

NOTAS

1 "Carta a Fernández Retamar", recogida bajo el título "Acerca de la situación del Intelectual latinoamericano" en *Ultimo round*, t. II (México, 1985), pp. 265-280. La cita está en la página 271. Muchos de los ensayos, conferencias y artículos cortazarianos existen en diferentes ediciones. Me limitaré a indicar aquí solamente la edición que uso para no sobrecargar las notas.

2 "América Latina: exilio y literatura", *Eco*, 34 (1978/79), 59.

3 *Ibid.*, p. 59.

4 J. Jewtuschenko, "Gespräch mit Julio Cortázar", *Sinn und Form*, 32 (1980), 604.

5 *Salvo el crepúsculo* (México, 1984), p. 323.

6 *Ibid.*, p. 331.

7 L. Bloch-Morhange, D. Alper, "Entrevista con Julio Cortázar", *Artiste et métèque à Paris* (Paris, 1980), p. 76; Evelyn Picón Garfield, *Cortázar por Cortázar* (Xalapa, 1981), p. 49; M. Cabrera, "Coloquio en Madrid con Julio Cortázar", *Estafeta literaria*, n. 625 (1977), 12-14.

8 Cabrera, "Coloquio en Madrid...", p. 12.

9 "Carta a Fernández Retamar", p. 269.

10 *Ibid.*, p. 268.

11 E. González Bermejo, *Conversaciones con Conázar* (Barcelona, 1978), p. 13. Ver también O. Prego, *La fascinación de las palabras. Conversaciones con Julio Cortázar* (Barcelona, 1985).

12 *Ibid.*, p. 12.

13 *Ibid.*, p. 120.

14 *Ibid.*

15 *Ibid.*

16 *Ibid.*; Picón Garfield, *Conázar por Conázar*, p. 49; Bloch-Morhange y Alper, p. 76.

17 "Carta a Fernández Retamar", p. 268.

18 *Ibid.*, p. 270.

19 *Ibid.*, p. 279.

20 *Ibid.*, p. 268.

21 K. Kohut, "Entrevista con Julio Cortázar", *Escribir en Paris* (Frankfurt-Barcelona, 1983), p. 203.

22 "Carta a Fernández Retamar", p. 270.

23 *Ibid.*, p. 272.

24 *Ibid.*, p. 273.

25 *Ibid.*, p. 275.

26 *Ibid.*, p. 277.

27 J. Arguedas, *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (Buenos Aires, 1975), p. 18 y 28.

28 Cito la respuesta de Cortázar según la impresión abreviada de la polémica en *Casa de las Américas*, n. 57 (1969), 136-138. Las citas están en las pp. 136s.

29 O. Collazos, J. Cortázar y M. Vargas Llosa, *Literatura en la revolución y revolución en la literatura* (México, 1969). Si hablo aquí (de primera, segunda, etc, polémica, esto no excluye la posibilidad (e incluso probabilidad) de otras polémicas más.

30 *Ibid.*, p. 14.

31 *Ibid.*, p. 54 y otras veces más.

32 *Ibid.*, p. 58s.

33 *Ibid.*, p. 64.

34 *Ibid.*

35 *Ibid.*, p. 65.

36 *Ibid.*, p. 76; Cortázar, "El intelectual y la política en Hispanoamérica", *La isla final* (Madrid, 1981), p. 93.

37 Buenos Aires, 1970.

38 Barcelona, 1981.

39 Cito según la edición Buenos Aires 1974. La escena mencionada está en las pp. 184, 186-193, 195-204, 207-226.

40 J. P. Sartre, S. de Beauvoir, *¿Para qué sirve la literatura?*, prólogo de Noé Jitrik (Buenos Aires, 1967). La versión original habla aparecido en París en 1966 bajo el título *Que peut la littérature?*

41 Cito según la impresión en *Casa de las Américas*, n. 59 (1969), 196s. Cortázar discute la Carta en *Viaje*, pp. 54-62.

42 *Viaje*, p. 54.

43 *Ibid.*, p. 25.

44 *Ibid.*, p. 26; cf. también las pp. 27 y 61s.

45 *Ibid.*, p. 62.

46 *Ibid.*, p. 47.

47 *Ibid.*, p. 32.

48 *Ibid.*, p. 29.

49 *Ibid.*, p. 31.

50 *Ibid.*, pp. 53s.

51 Cito en lo que sigue según la Documentación "El caso Padilla", en *Libre 1* (1971), pp. 95-145. La Carta de los 54 intelectuales europeos y latinoamericanos está en las pp. 95s.

52 P. Mendoza, *La llama y el hielo* (Barcelona, 1984), pp. 132s.

53 "Discurso de Fidel Castro" (Fragmentos relacionados con el caso), *Libre 1*, pp. 119s.

54 "Declaración del Congreso Nacional de Educación y Cultura" (Fragmentos relativos al caso), *Libre 1*, pp. 120s.

55 "Policrítica en la hora de los chacales", *Libre 1*, pp. 126-130. La cita está en la p. 128.

56 Picón Garfield, *Cortázar por Cortázar*, p. 54. La entrevista, realizada en 1973, se publicó solamente en 1978. La 2ª edición apareció en 1981.

- 57 Para un análisis más detallado de este aspecto de la novela, ver mi ponencia "La problemática de Exilio y Compromiso político en *Libro de Manuel* que aparecerá en las actas del "International Colloquium on Julio Cortázar", Stillwater 10-12 abril de 1986.
- 58 "Declaración del Congreso Nacional de Educación y Cultura", *Libre 1*, p. 120.
- 59 Julio Cortázar, *Libro de Manuel* (Buenos Aires, 1975), p. 351.
- 60 Citado según H. Salas, "Julio Cortázar: la ubicuidad del exiliado", *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms. 364-366 (1981), 96.
- 61 Cito según la edición México 1975. Los datos sobre el Tribunal están recogidos en el Apéndice, pp. 71-77.
- 62 J. Cortázar, "América Latina: exilio y literatura" data el principio de su exilio político en 1974. El ensayo está recogido en el volumen *Argentina: años de alambradas culturales* (Barcelona, 1984), p. 17.
- 63 "Apuntes al margen de una relectura de 1984, en *Nicaragua tan violentamente dulce* (Barcelona, 1984), p. 13.
- 64 J. Cortázar, "América Latina: exilio y literatura", p. 17.
- 65 *Ibid.*, p. 21.
- 66 J. Cortázar, "Sobre la función del intelectual", *Argentina: años...*, p. 39.
- 67 K. Kohut, "Entrevista con Julio Cortázar", p. 218.
- 68 J. Cortázar, "El exilio combatiente", *Argentina: años...*, p. 39.
- 69 K. Kohut, "Entrevista...", p. 218.
- 70 J. Cortázar, "El escritor y su quehacer en América Latina", *Argentina: años...*, p. 107.
- 71 *Ibid.*, p. 102.
- 72 *Ibid.*, p. 105.
- 73 *Ibid.*, p. 103s.
- 74 J. Cortázar, "América Latina y sus escritores", *Argentina: años...*, p. 77.
- 75 *Ibid.*, p. 76.
- 76 J. Cortázar, "Apuntes al margen de una relectura de 1984", p. 13.
- 77 *Ibid.*, p. 14.
- 78 Bloch-Morhange y Alper, "Entrevista con Julio Cortázar", p. 79.